

La historia de San Agustín y el niño junto al mar

https://es.catholic.net/op/articulos/59026/cat/116/la-historia-de-san-agustin-y-el-nino-junto-al-mar.html#google_vignette

Una tradición medieval, que recoge la historia inicialmente narrada sobre un teólogo en abstracto que más tarde fue identificado con San Agustín, cuenta la siguiente anécdota:

Un día San Agustín paseaba por la orilla del mar, dando vueltas en su cabeza a muchas de las doctrinas sobre la realidad de Dios, una de ellas la doctrina de la Trinidad. De repente, alza la vista y ve a un hermoso niño, que está jugando en la arena, a la orilla del mar. Le observa más de cerca y ve que el niño corre hacia el mar, llena el cubo de agua del mar, y vuelve donde estaba antes y vacía el agua en un hoyo.

Así el niño lo hace una y otra vez. Hasta que ya San Agustín, sumido en gran curiosidad se acerca al niño y le pregunta: "Oye, niño, ¿qué haces?" Y el niño le responde: "Estoy sacando toda el agua del mar y la voy a poner en este hoyo". Y San Agustín dice: "Pero, eso es imposible".

Y el niño responde: "Más imposible es tratar de hacer lo que tú estás haciendo: Tratar de comprender en tu mente pequeña el misterio de Dios".

De Trinitate, autoresumen de San Agustín

(De Trinitate, libro XV, 4-6)

https://www.augustinus.it/spagnolo/trinita/trinita_15.htm

4. Mas porque la necesidad de razonar y discutir me llevó, a lo largo de los catorce libros, a decir una multitud de cosas que no podemos abarcar con una simple mirada, a fin de encaminarlas hacia la meta deseada, es menester enumerarlas en rápido recuento del pensamiento, y haré, con la ayuda del Señor, cuanto pueda por resumir en breves conceptos, sin entretenerme en discusiones, cuanto en mis libros precedentes he dicho, y, como en cuadro sinóptico, fijaré, no los argumentos en que apoyé mis asertos, sino las conclusiones escuetas. Pero éstas no han de estar tan distanciada que se pongan las que anteceden en olvido; y si esto sucede, con presteza se puede, repitiendo la lectura, recordar lo olvidado.

5. Se demuestra en el libro I por las Sagradas Escrituras la unicidad e igualdad de la Trinidad soberana. Prosigue el mismo argumento en los libros II, III y IV; pero en estos tres libros se trata con más diligencia de la misión del Hijo y del Espíritu Santo, y en ellos se prueba que el enviado no es inferior al que envía, por el mero hecho de ser uno mitente y otro enviado, pues la Trinidad es en todo igual, inmutable e invisible en su esencia, y está presente en todas partes y actúa inseparablemente.

*En el V, a causa de aquellos que opinan no ser de una misma substancia el Padre y el Hijo, y no siendo una misma realidad el engendrar y ser engendrado o ser engendrado y no serlo, pues son dos términos distintos, creen que también son diversas las substancias, se demuestra que **no todo cuanto de Dios se predica se predica según la substancia**, como cuando se dice bueno o grande según la substancia o cuando se trata de algún otro atributo substancial; pero además existen otros términos que entrañan relación o dicen hábitud, no a*

la substancia, sino a una realidad distinta de la esencia. Así, **el Padre dice relación al Hijo, y Señor dice habitud a la criatura que le sirve**; y cuando se emplea un término relativo, es decir, cuando se refiere a una realidad que no es la esencia, aun cuando sea predicado temporal, como en el Salmo, donde dice: Señor, sois nuestro refugio, **no indica mutación en Dios, pues siempre permanece inmutable en su perseidad esencial**.

En el VI se pregunta en qué sentido **Cristo es llamado por boca del Apóstol virtud de Dios y sabiduría de Dios**, difiriendo para más adelante tratar a fondo la siguiente cuestión: **el que engendró a Cristo, ¿es Él sabiduría o sólo es padre de la sabiduría? ¿Engendró la Sabiduría a la Sabiduría?** Cualquiera que sea la respuesta, aparece también en este libro la ecuación esencial de la Trinidad, y cómo **no es Dios triple, sino trino; y el Padre y el Hijo no son dos principios con relación al Espíritu Santo, realidad simple, donde ni los tres juntos son algo más que uno de ellos**. También se discutió cómo puede entenderse, lo que dice el obispo Hilario: La eternidad en el Padre, la especie en el Hijo y la acción en el Don.

En el VII se explica la cuestión aplazada, a saber, cómo **el Dios que engendró al Hijo no sólo es Padre del poder y de la sabiduría, sino que es también Él poder y sabiduría; y lo mismo se ha de afirmar del Espíritu Santo; sin embargo, no son tres virtudes ni tres sabidurías, sino un poder y una sabiduría, como son un Dios y una esencia**. Se investiga luego en qué sentido **se dice una esencia y tres personas, o, según algunos escritores griegos, una esencia y tres substancia, y encontrarnos cómo la inopia del lenguaje nos fuerza a sintetizar en una palabra la realidad que son los tres, pues con toda certeza sabemos que son tres: Padre, Hijo y Espíritu Santo**.

En el VIII, aducidas las razones, está claro para los inteligentes cómo en la verdad esencial el Padre no es mayor que el Hijo, ni los dos juntos son mayores que el Espíritu Santo, **ni dos de ellos son en la Trinidad superiores a uno solo, y los tres juntos no son mayores que uno de ellos en particular**. Se advirtió luego cómo se puede entender, en cuanto es posible, **la naturaleza inmaterial e incomprensible de Dios por la verdad, que conocida se intuye; por el bien supremo, fuente de todo bien; por la justicia, que impele al alma injusta al amor de la justicia; por la caridad, que en las Escrituras santas es Dios, y en la que empezó a vislumbrarse la imagen de la Trinidad, en el amante, el amado y el amor**.

La discusión avanza, en el libro IX, hasta llegar a **la imagen de Dios, que es el hombre según la mente, y en la mente encontramos una cierta trinidad: la mente, la noticia por la que se conoce a sí misma y el amor con que se ama a sí misma y a su noticia; y estas tres cosas son iguales entre sí, y su esencia se demuestra que es una**.

En el libro X se trata del mismo argumento, pero con mayor profundidad y diligencia; y llegamos a **descubrir en el alma una trinidad de relieve más acusado en la memoria, entendimiento y voluntad**. Mas, como es manifiesto, es imposible a la mente dejar de acordarse de sí misma, de conocerse y amarse, aunque no siempre piense en sí. Cuando reflexiona, no se desentiende con el pensamiento de los objetos corpóreos, y por eso aplazamos la disputa trinitaria hasta encontrar en la percepción de los cuerpos visibles una especie de trinidad, para ejercitar así la penetración del lector.

Por esta razón elegimos en el XI **el sentido de la vista, para encontrar en él lo que buscábamos, aplicando el resultado, sin indicarlo, a los restantes sentidos; y vimos**

así surgir la trinidad del hombre exterior, primero en las cosas de afuera, por ejemplo, en el objeto visible, en la imagen impresa en la pupila del espectador y en la atención de la voluntad, lazo de unión entre ambos. Pero estas tres cosas no son iguales ni de una misma substancia. Luego descubrimos en el alma otra trinidad introducida por las cosas que se experimentaron en la periferia, y en ella aparecen tres realidades de una misma esencia: la imagen del cuerpo existente en la memoria, la forma que resulta cuando a ella se convierta la mirada interior del pensamiento, y la atención de la voluntad, broche unitivo de ambas. Pero esta trinidad pertenece también al hombre exterior, pues nace de las sensaciones corpóreas, que nosotros percibimos fuera.

Distinguimos en el libro XII entre sabiduría y ciencia, y primero buscamos una trinidad sui generis en la inferior, que llamamos ciencia; y aunque ésta ya pertenece al hombre interior, no se la considera aún ni se denomina imagen de Dios.

De ésta se trata en el libro XIII, siguiendo las directrices de la fe cristiana. En el libro XIV se disputa sobre la verdadera sabiduría del hombre, que es don de Dios y participación divina, distinta de la ciencia, y se llegó a descubrir la trinidad en la imagen de Dios, que es el hombre según la mente, renovada por el conocimiento de Dios, conforme a la imagen del que creó al hombre a su semejanza, y así percibe la sabiduría, allí donde existe contemplación de lo eterno.

6. Busquemos ya en las realidades eternas, incorpóreas e inmutables, cuya perfecta contemplación se nos promete en la vida feliz, que es eterna, la Trinidad, que es Dios.

La existencia de Dios no sólo se apoya en la autoridad de las Escrituras divinas, sino en la naturaleza toda que nos rodea, y a la que pertenecemos nosotros; ella proclama la existencia de un óptimo Hacedor, que nos ha dotado de mente y razón discursiva, en virtud de la cual juzgamos que se ha de preferir el ser viviente al inanimado, el ser dotado de sensibilidad al insensible, los seres inteligentes a los irracionales, lo inmortal a lo perecedero, la potencia a la impotencia, la justicia a la injusticia, lo bello a lo deforme, lo inmutable a lo transitorio, el bien al mal, lo incorruptible a lo corruptible, lo invisible a lo visible, lo inmaterial a lo corpóreo, la felicidad a la miseria.

Y como nosotros colocamos al Criador por encima de todas las cosas creadas, es obligado confesar que posee la vida en grado sumo; que todo lo conoce y comprende; que no puede morir, ni corromperse, ni cambiar; que no es cuerpo, sino espíritu, el más poderoso, justo, bello, óptimo y feliz de todos los espíritus.

La Trinidad según san Agustín (en mercaba.org)

<https://mercaba.org/TEOLOGIA/Dios%20Courth/177-192.htm#:~:text=Sabes%20que%20el%20Padre%20es.%2C%20igualdad%20perfecta%3B%20ninguna%20desigualdad>

La obra se puede dividir en dos partes. La primera consta de ocho libros: los libros I-IV tratan de la fe trinitaria según la doctrina de la Iglesia y el testimonio de la Sagrada Escritura. Los libros V-VIII se esfuerzan en clarificar conceptualmente el dogma. En la segunda parte, los libros VIII-XV tratan de acercarse al misterio trinitario con analogías de la creación. En este contexto, san Agustín intercala diversos temas y cuestiones que no tienen ninguna conexión directa con la doctrina trinitaria. En su conjunto, la obra surge del esfuerzo

vital por comprender aproximadamente y formular con palabras el misterio inefable del Dios trinitario.

Benedicto XVI sobre De Trinitate

https://www.vatican.va/content/benedict-xvi/es/audiences/2008/documents/hf_ben-xvi_aud_20080220.html

Igualmente importante es el De Trinitate, obra en quince libros sobre el núcleo principal de la fe cristiana, la fe en el Dios trino, escrita en dos tiempos: entre los años 399 y 412 los primeros doce libros, publicados sin saberlo san Agustín, el cual hacia el año 420 los completó y revisó toda la obra. En ella reflexiona sobre el rostro de Dios y trata de comprender este misterio de Dios, que es único, el único creador del mundo, de todos nosotros: precisamente este Dios único es trinitario, un círculo de amor. Trata de comprender el misterio insondable: precisamente su ser trinitario, en tres Personas, es la unidad más real y profunda del único Dios.